

Marin Salliofest

Entrevista con Maya Kandel. ¿Qué es el trumpismo?

Historia, conceptos, ideología

El Grand Continent, 7 de julio de 2025.

Desde hace unos diez años, Maya Kandel sigue a los intelectuales del movimiento nacional-conservador que se han adherido y luego teorizado a posteriori el trumpismo. Desde el Claremont Institute en 2016 hasta Curtis Yarvin en la actualidad, pasando por el Proyecto 2025 de la Heritage Foundation, nos ayuda a trazar las grandes líneas de esta historia y a identificar a sus protagonistas. Hacer una arqueología de esta coalición ideológica permite comprender por qué ahora somos un objetivo: «la Unión es una gran potencia que molesta a los trumpistas».

Trump es sin duda el hombre más poderoso e influyente de Occidente: ¿tiene una doctrina? ¿Cuáles son sus principales coordenadas?

Trump no es ni un intelectual ni un ideólogo. En cambio, hay ideólogos, intelectuales del trumpismo. Por eso el libro trata sobre el «trumpismo», que hoy, en mi opinión, es más grande que Trump.

Pero hay que matizar inmediatamente esta afirmación: Trump sigue siendo el factor perturbador de toda construcción doctrinal. Este es un punto esencial. Se ve especialmente en la política exterior, un ámbito en el que cabría imaginar que existe una doctrina que Trump debe esforzarse por aplicar.



La relación con el mundo es un punto central del trumpismo desde sus orígenes, desde la primera campaña. Es una constante.

Es un ámbito en el que Trump ha tenido obsesiones e ideas fijas desde hace mucho tiempo y que sigue teniendo hoy, como por ejemplo en materia de

aranceles. Pero Trump sigue siendo una persona profundamente impulsiva y desinhibida.

Lo ha convertido en una táctica a nivel internacional, como ya había hecho en sus anteriores vidas profesionales. Esta actitud es, por cierto, una de las principales razones de su atractivo.

Siempre ha habido una doble dimensión en el trumpismo. Es cierto que el trumpismo es un show, un espectáculo para las masas —eso es lo que Trump garantiza—. Pero también hay una teorización intelectual para las élites. Son estas dos dimensiones las que he tratado de describir y analizar en este libro.

¿Quién está detrás de este esfuerzo de teorización, si nos remontamos al primer mandato de Trump?

Llevo mucho tiempo siguiendo a este pequeño grupo de intelectuales, que se reúne desde finales de diciembre de 2016 para intentar reconstruir un conservadurismo adaptado a la era Trump.

Su punto de partida es la voluntad de elaborar una teorización contraria al trumpismo que pretenda redefinir el conservadurismo, es decir, el armazón intelectual del Partido Republicano, con el fin de ajustarse a la nueva base electoral del partido desde 2016 y a los nuevos votantes atraídos por Trump.

La teorización del movimiento conservador nacional comienza a finales de diciembre de 2016 y se institucionaliza a partir de 2019 con la Fundación Edmund Burke, infraestructura del movimiento nacional-conservador, y las conferencias NatCon. La dimensión religiosa es fundamental desde sus orígenes en 2016, pero a partir de 2019 el movimiento intentará reunir a todos los componentes de la derecha estadounidense, desde los paleoconservadores, cercanos a los supremacistas blancos y cuya figura tutelar es Patrick Buchanan (considerado, por cierto, el padre espiritual del trumpismo), hasta los católicos integralistas como Patrick Deneen y Adrian Vermeule.

El movimiento NatCon se extiende inmediatamente por Europa, con conferencias organizadas a partir de 2019 en Londres, Roma y Bruselas. Viktor Orbán desempeña un papel esencial a través de instituciones como el Mathias Corvinus Collegium o invitando a intelectuales estadounidenses como Rod Dreher, cercano a J. D. Vance, al Danube Institute de Budapest.

Hoy, una de las diferencias fundamentales con respecto a 2016 es la aportación de la derecha tecnológica y los neorreaccionarios, de los que Curtis Yarvin es una de las figuras más destacadas, aunque no la única (véase [el atlas del pensamiento neorreaccionario](#)).

La primera figura de la derecha tecnológica en sumarse al trumpismo es [Peter Thiel](#), fundador de PayPal y Palantir, que apoya a Trump desde 2016 con su intervención en la Convención Republicana. Thiel apoya la creación de la Fundación Edmund Burke y participa en la primera conferencia NatCon en 2019. Desde hace mucho tiempo financia instituciones y publicaciones conservadoras.

¿En qué momento se acerca el movimiento conservador nacional a Trump?

El movimiento NatCon está cerca de Trump desde sus inicios, ya que su razón de ser es teorizar sobre la transformación del Partido Republicano por parte de Trump, que aporta al partido una nueva teoría de la victoria electoral. El Instituto Claremont, motor intelectual de los NatCons, es elogiado por Trump desde su primer mandato. En 2019, Trump concedió a Ryan Williams, presidente del Instituto Claremont, la Medalla Nacional de Humanidades, que honra la contribución a la cultura nacional y a la comprensión de las ciencias humanas.

El año 2022 marca un cambio importante con la incorporación de la Heritage Foundation —uno de los principales think tanks republicanos de Washington, autor, entre otras cosas, del Proyecto 2025—.

Fue durante la conferencia NatCon de Miami, en septiembre de 2022, cuando Kevin Roberts, su actual director, nombrado en 2022, juró lealtad al movimiento. Se trata de un cambio muy importante, ya que la Heritage es la gran maquinaria que, desde la década de 1970, y en particular desde la administración Reagan, proporciona programas y personal a las nuevas administraciones republicanas, sean cuales sean, incluso antes de saber quién será el candidato.

Al leer el Proyecto 2025, desde el preámbulo, se reconoce la huella del Instituto Claremont y todas las ideas fijas de los nacional-conservadores. Entre sus principales autores se encuentra Russell Vought, que cuenta con una trayectoria muy washingtoniana y que vuelve a ocupar el cargo de director de la Oficina de Gestión y Presupuesto en la segunda administración Trump, al igual que en Trump 1. Actualmente es uno de los hombres más poderosos de la administración.

Si bien el Proyecto 2025 de Heritage ha tenido bastante repercusión mediática, otras instituciones han permanecido en gran medida en la sombra. Es el caso, en particular, del Instituto Claremont, cuyo trabajo usted sigue desde hace mucho tiempo. ¿Se puede hablar de un primer laboratorio del trumpismo?

Antes de Heritage, la estructura original del trumpismo era claramente el Instituto Claremont, un think tank de tamaño relativamente modesto que actualmente se encuentra en pleno desarrollo.

El Claremont se creó en 1979 en California, en una pequeña y encantadora ciudad cerca de Los Ángeles, que conocí gracias a dos proyectos universitarios sucesivos con la Universidad de Claremont McKenna, situada en el mismo lugar, y que comparte algunos investigadores con el Instituto.

El Claremont fue fundado por discípulos de Leo Strauss, la figura más influyente del movimiento neoconservador. Sus fundadores se agruparon en torno a otro intelectual, Harry Jaffa, que fue el impulsor del Instituto y profesor en Claremont McKenna.

La línea del Claremont consiste en volver al espíritu de los padres fundadores.

Consideran que el sistema de gobierno estadounidense fue ejemplar hasta la presidencia de Wilson, que marca el nacimiento del dominio del liberalismo —en el sentido en que ellos lo entienden—, caracterizado en particular por una política exterior intervencionista, pero también por el inicio de la expansión del aparato de seguridad nacional y la burocracia, con la creación de nuevas agencias por parte del Congreso.

En la línea de Leo Strauss, su pensamiento se basa en la idea de que toda burocracia, con el tiempo, se vuelve antidemocrática. Por lo tanto, a veces sería necesario, especialmente en tiempos de crisis, contar con un líder fuerte, elegido por sufragio universal, que represente la verdadera legitimidad del pueblo. En esta perspectiva, los pensadores de Claremont denuncian el «administrative state» (el Estado administrativo), sinónimo del «deep state», que es el objetivo del movimiento MAGA.

Una idea que encontramos hoy en «teóricos» como Steve Bannon o Curtis Yarvin, que habla de «momento monárquico». ¿Por qué cree que ha logrado ganar tanta influencia?

Es innegable que Curtis Yarvin tiene talento para la retórica y que consigue seducir gracias a su filosofía pop salpicada de referencias a Matrix y otras referencias culturales contemporáneas.

Yarvin saltó a la fama en 2017 cuando el sitio web Político lo citó como referencia de Steve Bannon. Thiel, que contribuyó a financiar su empresa de software, lo calificó de «historiador interesante». Yarvin popularizó la imagen de la «píldora roja», tomada de la película Matrix, como parábola del «pensamiento contracorriente».

En la película, la elección de la píldora roja permite ver la «verdadera realidad», mientras que la píldora azul mantiene a quien la toma en la ilusión propuesta por la matriz (las máquinas). A partir de la década de 2000, este símbolo se hizo popular en los foros de la alt-right. Musk retoma esta imagen en mayo de 2020, al comienzo de su giro político.

En 2007, Yarvin lanzó un prolífico blog bajo el seudónimo de Mencius Moldbug. Gran lector, durante casi siete años produjo innumerables textos, a menudo una sucesión de teorías y afirmaciones imposibles de verificar, salpicadas de referencias históricas y literarias.

Su entrada sobre la píldora roja se titula, no es anecdótico, «Un argumento contra la democracia»: Yarvin la convierte en símbolo de un pensamiento «contestatario», término que engloba sus discursos neorreaccionarios y monárquicos. Su aportación conceptual más conocida es la noción de «Catedral», utilizada para designar a la «élite» y, más concretamente, a los medios de comunicación, las universidades u otras instituciones intelectuales, idea retomada por Vance y los nacional-conservadores con el término «régimen».

Aunque Yarvin carece a veces de coherencia en sus declaraciones, sigue siendo alguien leído y escuchado, especialmente entre los jóvenes trumpistas. Ha estado presente en todas las conferencias de los nacional-conservadores desde el principio, aunque nunca ha tomado la palabra.

La inspiración más yarviniana de este segundo mandato de Trump es sin duda el DOGE de Elon Musk, que parece haberse inspirado directamente en el programa «RAGE» (Retire All Government Employees), presentado por Yarvin en 2012.

¿Cómo se explica el papel central que desempeña Claremont durante el primer mandato de Trump? ¿En qué se traduce esta influencia?

En el verano de 2016, todos los think tanks tradicionales se oponían a Trump, al igual que muchos políticos, prácticamente hasta el momento de las elecciones. Sólo un pequeño grupo de intelectuales vinculados a Claremont firmó una carta de apoyo a Trump. Sobre todo, en septiembre de 2016 se publicó un famoso artículo bajo seudónimo —que resultó ser de Michael Anton— que planteaba las elecciones en términos apocalípticos. Anton afirmaba entonces que había que apoyar a Trump porque, si Hillary Clinton resultaba elegida, el país iría hacia la catástrofe.

Encontramos aquí la obsesión, muy extendida en la extrema derecha estadounidense y cuyos orígenes son muy anteriores a Trump, por el «fin de la civilización» —de hecho, el director del Claremont había dicho claramente a una periodista que el Instituto luchaba por la defensa de la «civilización occidental»—

.

Cuando se publica este artículo, Rush Limbaugh lo lee íntegramente en su popular programa de radio, lo que provoca que la página web del Claremont se colapse por primera vez en su historia debido al pico de visitas. Trump, por supuesto, escucha a Rush Limbaugh. Le gusta este discurso y llama a Michael Anton.

A partir de entonces, el Claremont se convertiría en el proveedor ideológico de la primera administración Trump, sabiendo que, durante su primer mandato, todavía había todos esos «adultos en la sala», los defensores del antiguo consenso que frenaban, o incluso impedían, a veces sin su conocimiento, algunas de las decisiones u orientaciones que Trump quería aplicar.

En Peril, Bob Woodward y Robert Costa revelaban, entre otras cosas, que el jefe de gabinete de Trump, Mark A. Milley, había organizado una reunión secreta con responsables militares para asegurarse de que no dejarían que el presidente lanzara una operación militar o un ataque nuclear sin que él estuviera al corriente.

Varias personalidades vinculadas a Claremont han ejercido una gran influencia en el trumpismo, como el autor de la expresión «guerra civil fría», Angelo Codevilla, en un ensayo publicado en la Claremont Review of Books en la primavera de 2017. Codevilla era uno de los grandes críticos de la «clase

dirigente» —los burócratas, los académicos, los medios de comunicación y los responsables demócratas— en oposición a «una mayoría de estadounidenses oprimidos», tachados de «atrasados» y «racistas».

De Claremont también proviene John Eastman, autor del memorándum que sirvió de base para el intento de impugnar los resultados de las elecciones de 2020 y el asalto al Capitolio que siguió el 6 de enero de 2021. El argumento de Eastman se basaba en una interpretación de la Constitución según la cual el vicepresidente Mike Pence tenía la facultad de rechazar unilateralmente algunos votos de los estados acusados por Trump de fraude electoral.

¿Por qué estos pensadores y teóricos del movimiento nacional-conservador se unieron a Trump desde su primer mandato?

En primer lugar, hacen una observación política: Trump ha encontrado una teoría para ganar las elecciones, es decir, movilizar una base que podría ser victoriosa.

En la historia reciente del Partido Republicano, muy marcada por el libro *The Emerging Democratic Majority*, de John Judis y Ruy Teixeira, salvo en 2004 con Bush, hay que remontarse a 1988 para ver a un candidato republicano ganar el voto popular. Por lo tanto, existe una verdadera preocupación por la movilización, la definición del partido y la base electoral entre los republicanos.

En 2008, tras la derrota de John McCain, el Partido Republicano elaboró un «informe de autopsia».

Algunos consideran que el partido encadenará derrotas si no se muestra más abierto a la inmigración, con el fin de conquistar el electorado de una población latinoamericana en crecimiento.

Entonces aparece otra corriente, en torno a Kellyanne Conway y Steve Bannon, que desarrolla la idea de los «votos blancos perdidos», considerando que existe una masa de votantes que ya no vota y que hay que movilizar. Se basan, en particular, en el éxito del movimiento Tea Party, una insurrección populista de la base del Partido Republicano contra sus dirigentes, cuyo éxito en el Congreso en la década de 2010 anuncia la victoria de Trump en las primarias republicanas de 2016.

Los intelectuales del movimiento nacional-conservador parten de la constatación de que Trump ha sabido movilizar estos votos y que es esencial conservarlos redefiniendo las ideas dominantes del Partido Republicano, el armazón intelectual del conservadurismo. Lo redefinen en función de las obsesiones de Trump, en particular en materia de comercio, incorporando así los elementos relativos a los aranceles y la política industrial.

También observan que otros dos elementos fueron esenciales en la victoria de Trump en 2016. Por un lado, el rechazo a las guerras de Bush, las «guerras sin fin», que se traduce en un rechazo al neoconservadurismo, aún muy presente hoy —ser tildado de «neoconservador» se ha convertido casi en el insulto supremo—.

Por otro lado, el cierre a la inmigración. Es algo que Trump descubre a partir de 2010-2011, cuando prepara seriamente su candidatura, se lanza a Twitter y conoce a Steve Bannon. Antes, el tema de la inmigración no estaba presente en él, ni en su tribuna de 1987 ni en sus libros. Lo descubre con el Tea Party y su uso de Twitter, donde constata el eco de ciertas ideas.

Roger Stone, que conoce a Trump desde los años 70, le sugiere la idea del muro en la frontera con México, pensando: «Va a pegar, se va a acordar, es un promotor inmobiliario». Esta anécdota la cuenta, entre otros, el periodista Joshua Green.

Usted escribe que el Trump de 2016 no es el de 2020 ni el de 2024, lo que se ve especialmente en su coalición electoral, que se ha ampliado considerablemente en ocho años. ¿Cómo se traduce esta evolución?

El equipo de campaña de Trump ha logrado en 2024 lo que Trump ya reivindicaba en 2016, es decir, encarnar al partido de la clase trabajadora, de las clases medias y populares, definidas en Estados Unidos por el nivel de educación.

Trump no ha cambiado, no se cambia fundamentalmente a los 70 años. Pero su entorno se ha vuelto mucho más ideológico. Y en el plano humano, le ha marcado el intento de asesinato del 13 de julio de 2024. Hoy tiene 79 años y sabe que le queda poco tiempo. Creo que le preocupa su legado, la huella que dejará en Estados Unidos y lo que se dirá de él después de su muerte.

En 2016 no tenía ninguna experiencia en política. No sabía cómo funcionaba Washington y tenía un conocimiento muy limitado de la mayoría de los temas. Cuando se presenta de nuevo en 2024, no sólo cuenta con cuatro años de experiencia como presidente y conoce mucho mejor algunos de los temas, sino que también comprende mejor el funcionamiento de las relaciones con el Congreso.

Y, sobre todo, cuenta con todo un equipo a su alrededor. Su entorno ha cambiado considerablemente en ocho años.

Se trata de algo que se prepara desde el primer mandato, durante el cual Trump y sus allegados reconocen claramente que carecen de cuadros. El Partido Republicano cuenta entonces con muchos «Never Trumpers», aquellos que se opusieron a Trump y que constituyen una cantera de cuadros potencialmente competentes, pero a los que Trump no quiere utilizar.

Antes de 2015-2016, Trump no se relacionaba tanto con personalidades políticas, sino sobre todo con empresarios, deportistas, periodistas y personalidades del mundo del espectáculo. A partir de 2010, comienza a acercarse a los pesos pesados evangélicos, a Steve Bannon, a Sarah Palin y a toda una serie de personalidades influyentes que son esenciales para la base republicana.

La coalición trumpista es hoy mucho más amplia. Sigue existiendo la rama MAGA «histórica», representada en particular por Steve Bannon, y la importancia de la base evangélica blanca. Esta base sigue siendo muy sensible a los comentarios racistas, incluso a elementos del lenguaje francamente fascista que se han podido escuchar en varias ocasiones durante esta última campaña, especialmente cuando Trump dice que «los inmigrantes envenenan la sangre del país». Trump siempre necesita el racismo para ganar las primarias de su partido.

Pero también está el apoyo de la derecha tecnológica desde 2020. El esfuerzo por formar nuevos cuadros también ha dado sus frutos y estamos asistiendo a un verdadero cambio generacional en Washington, que se manifiesta tanto en las contrataciones de la administración Trump 2 como en el panorama de los think tanks, profundamente transformado.

En el desfile organizado por Trump en Washington se pudo constatar una vez más el triunfo de una estética bastante propia del trumpismo, marcada en particular por el color dorado. ¿Cuáles son las coordenadas?

Efectivamente, me llamó mucho la atención la imaginería del desfile militar organizado por Trump en Washington. Tanto la presencia del color dorado, que abunda en Mar-a-Lago, como la disposición del escenario rodeado por dos tanques y dos pantallas gigantes. Allí se encontraban dos características del trumpismo: el espectáculo con las pantallas, el *show*, la política como telerrealidad, y, por otro lado, esa idea de proyección de fuerza, de un líder fuerte.

Este lado kitsch es característico de Trump desde el principio: su descenso por la escalera mecánica dorada de la Torre Trump en 2015 para anunciar su candidatura fue sin duda la entrada en campaña más kitsch de la política contemporánea.

¿Es esta estética una parte importante del trumpismo como movimiento? ¿Cuál es su función?

Ya hemos visto este lado «vulgar» en Italia con Berlusconi, siendo Italia un auténtico laboratorio político que inspiró el trumpismo a través *de* Bannon y sus vínculos con Nigel Farage y Raheem Kassam, que fueron a estudiar el Movimiento 5 Estrellas para inspirarse en su estrategia digital.

Al igual que Berlusconi, Trump utiliza la vulgaridad como garantía de sinceridad y la transgresión como instrumento publicitario. Ambos son también dos combustibles esenciales de los reality shows y los algoritmos, la receta de la viralidad en la era digital.

Otro punto esencial es la idea de que las «guerras culturales», los enfrentamientos ideológicos de nuestro tiempo expresados en términos simplistas y polarizados, constituyen la nueva lucha de clases, una idea que se encuentra especialmente en Bannon y Vance —una batalla cultural en el sentido gramsciano del término—.

Pero en esta tercera campaña electoral de Trump también había una dimensión cultural en el sentido estricto de la palabra, con actores pro-Trump contra actores pro-Harris, podcasts de derecha contra podcasts de izquierda, programas contra programas.

Es también una forma de conectar con lo que Trump considera el único pueblo verdadero, que es su electorado, su base, algo que quedó claro desde la primera campaña y que lo vincula a la definición de populismo.

Esto es incluso anterior a su primer mandato: en 2012, cuando Mitt Romney era candidato, algunas personas del antiguo *establishment* del Partido Republicano le preguntaron a Trump si podía hacer campaña por Romney. Les gustaba ese aura, ese personaje que Trump había construido y [que mostraba en *The Apprentice*, su programa en el que se escenifica a sí mismo en su casa, en su Trump Tower llena de dorados](#).

En la mente de muchos estadounidenses, Trump sigue siendo ese personaje de *self-made man* de éxito que se inventó para *The Apprentice*, cuando en realidad no es ni lo uno ni lo otro: es un heredero y ha quebrado una decena de veces.

Uno de los operadores de la campaña de Romney explicaba en aquel momento: «Tu mujer es modelo, tienes coches bonitos, trajes bonitos, vives en un palacio dorado: para este electorado [se refería en particular al electorado blanco popular], eso es el éxito».

Esto se ve mucho hoy en Washington, especialmente en Butterworth, el cuartel general de MAGA, que es el bar de Raheem Kassam, el acólito de Steve Bannon.

Pronto tendrá un competidor abierto por el propio hijo mayor de Trump... Es un modelo económico que funciona bien.

Exactamente: todo vale para ganar dinero. Pero también se trata de crear lugares de acogida para la nueva contraélite que ahora está en el poder en torno a Trump. Recordemos que Washington es una ciudad mayoritariamente demócrata, que votó masivamente en contra de Trump.

En estos lugares también se encuentra esa estética que forma parte de la lucha política. Una estética que se puede considerar vulgar, pero que, en definitiva, está llena de afirmaciones políticas.

Este virilismo como objeto cultural surgió en los podcasts masculinistas, cuyos presentadores y animadores conservadores desempeñaron un papel fundamental en la reelección de Trump en 2024. El equipo de campaña de Trump, el más profesional de sus tres campañas, se centró en los hombres jóvenes, blancos o no, para ampliar su electorado, buscándolos allí donde obtienen su información —en los podcasts, en Tik Tok y en otras redes sociales—.

Fue un éxito, ya que Trump ganó la mayoría de este grupo de edad. Esto también se refleja en las nuevas empresas editoriales y productoras cinematográficas, que hacen hincapié en la religión, el papel tradicional de la mujer en el hogar y el lugar del hombre en la sociedad.

Existe un sentimiento predominante entre los trumpistas de que la izquierda ganó la batalla cultural en la década de 1960, lo que ha dado lugar a un deseo de venganza y a querer recuperar la supremacía cultural. Ahí es donde encontramos todas estas ofensivas contra ciertas universidades, los medios de comunicación tradicionales, pero también el cine de Hollywood.

Y luego, esta voluntad de recuperar la ascendencia se traduce también en una gobernanza muy agresiva y una interpretación mucho más maximalista de los poderes ejecutivos, que a veces parece rozar el fascismo.

El trumpismo comparte, en efecto, rasgos característicos del fascismo, como el nacionalismo, el culto al líder, la apetencia por el autoritarismo, el masculinismo, la intolerancia... Pero quizá sean más útiles las comparaciones contemporáneas.

El giro hacia el autoritarismo, o hacia una democracia iliberal similar al modelo de Viktor Orbán en Hungría, se refleja especialmente en el Proyecto 2025, que presenta muchos aspectos similares al «libro de jugadas» del líder húngaro. Esta inspiración no es nueva, ya que la Hungría de Orbán es objeto de atención de los círculos conservadores estadounidenses desde hace varios años. La revista del Claremont Institute lleva mucho tiempo interesándose por Orbán.

Otros aspectos de esta tendencia autoritaria son, por otra parte, mucho más antiguos: se habló mucho, por ejemplo, de la teoría del ejecutivo unitario durante los mandatos de Bush padre e hijo, durante la guerra global contra el terrorismo.

Sin embargo, hay que volver a un punto importante. El primer artículo de la Constitución estadounidense está dedicado íntegramente al Congreso. Se trata de un artículo extremadamente preciso que enumera todos los poderes que tiene el poder legislativo y lo sitúa en el centro de la democracia estadounidense. El segundo artículo, que trata de los poderes presidenciales, es mucho más conciso. Otorga «el poder ejecutivo» al presidente, así como la función de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas.

La interpretación de este segundo artículo es objeto de muchas de las batallas jurídicas que se libran en el seno del trumpismo. Al ser la Constitución un documento bastante antiguo, ha sido reinterpretada en numerosas ocasiones a lo largo de la historia de Estados Unidos, y hay muchas cosas que no figuran en ella. Es el caso, en particular, de la Guardia Nacional, utilizada por Trump para reprimir las manifestaciones en Los Ángeles, que aún no se había creado en el momento de su redacción —la Constitución habla de «milicias»—.

El peso respectivo de los diferentes poderes ha evolucionado mucho a lo largo de la historia de Estados Unidos. En materia de política exterior, en particular, el Congreso desempeñó un papel mucho más importante en el siglo XIX. Este

comenzó a disminuir tras la presidencia de Wilson y, sobre todo, tras la Segunda Guerra Mundial, dando lugar a lo que los historiadores han denominado la «presidencia imperial».

Cabe recordar que es el Congreso el que tiene la facultad de declarar la guerra, levantar el ejército, movilizarlo y luego desmovilizarlo. Hasta 1945, el Congreso siempre había desmovilizado después de una guerra. El período posterior a la Segunda Guerra Mundial parece, en este sentido, una excepción en la historia de Estados Unidos, ya que desde entonces el país mantiene un amplio ejército permanente, así como la división del mundo en comandos militares regionales, heredada de los combates de la Segunda Guerra Mundial.

¿Cómo se explica este cambio en el equilibrio de poderes que hoy aprovecha la Administración Trump?

Desde la década de 1990, el Congreso se ha vuelto cada vez más disfuncional. Esta evolución está relacionada, en particular, con la polarización política, que lleva a los partidos estadounidenses a funcionar cada vez más como los que conocemos en Europa, con un programa nacional y disciplina de partido, lo que no era la práctica política estadounidense. Este sistema no es adecuado para el Congreso, en particular para el Senado.

El último periodo en el que se ha producido un aumento de los poderes presidenciales es el que se inició tras los atentados del 11 de septiembre. El Congreso está renunciando cada vez más a sus prerrogativas y el presidente recurre cada vez más a los decretos.

En particular, recurre a la invocación de situaciones de emergencia, que luego permiten recurrir a poderes específicos que son claramente contrarios al espíritu de la Constitución, como lo hicieron tanto Bush y Obama como Trump y Biden.

En este ámbito, Trump 1 ya era el que batía todos los récords, antes de Trump 2. Hoy, el recurso a las declaraciones de estado de emergencia es absolutamente delirante, en desprecio de la realidad.

Esta dinámica es la que se ha visto especialmente en Los Ángeles.

De hecho, lo que ocurrió en Los Ángeles es un buen ejemplo. Según todos los testigos, hubo algunas manifestaciones, en su mayoría pacíficas, frente a varios centros de detención en los que se habían producido redadas de la policía de inmigración, el ICE, heredero de los atentados del 11 de septiembre de 2001.

Da la sensación de que Trump y su equipo estaban esperando a que se produjera un enfrentamiento. En ese contexto, se cumplían todos los requisitos: era en California, había algunos manifestantes encapuchados con banderas mexicanas delante de un coche en llamas. Es bien sabido que, al hacer un primer plano de este tipo de acontecimientos, es fácil dar la impresión de que la ciudad está al borde del caos.

En los reportajes que he visto, escuchado y leído, todos los habitantes entrevistados dicen que las manifestaciones eran inicialmente muy tranquilas, con algunos incidentes aislados y circunscritos. La policía de Los Ángeles está acostumbrada y es perfectamente capaz de gestionar estas situaciones.

Sin embargo, Trump decidió movilizar a la Guardia Nacional en contra de la voluntad del gobernador, que normalmente tiene el poder ejecutivo en el estado —de lo contrario, es el Congreso el que tiene autoridad sobre la movilización y desmovilización de la Guardia Nacional—.

Cabe señalar que Trump finalmente no invocó la Ley de Insurrección, como cabría esperar —ya que hablaba de «insurgentes»—, sino que recurrió a otra autoridad legal. Dicho esto, aunque la idea es mantenerse dentro de la legalidad, se percibe que la Administración sigue ampliando un poco más los límites de su actuación.

Cabe recordar que la administración Trump ha gastado medio millón de dólares en vídeos de YouTube desde el comienzo de su segundo mandato para intentar mostrar tanto el peligro de los migrantes como la eficacia de las deportaciones, con gran ayuda de la inteligencia artificial y la música hollywoodiana.

Es extremadamente preocupante recurrir a la fuerza militar para intimidar y detener a manifestantes que ejercen sus derechos garantizados por la Primera Enmienda, o peor aún, a la oposición política.

Utilizar al ejército para ello, en territorio nacional, podría tener un fuerte impacto en las relaciones entre civiles y militares y en la politización del ejército. Esa misma semana, Trump pronunció un discurso en Fort Bragg en el que criticaba a sus adversarios políticos y provocaba abucheos del ejército contra varios políticos demócratas.

En este punto concreto, en mi opinión, entramos en el meollo de la cuestión del trumpismo como nuevo autoritarismo y de lo que Trump está haciendo con la democracia estadounidense.

Entre los elementos que contribuyen a la construcción del trumpismo se encuentra la relación con el otro, con los inmigrantes, pero también con Europa, que parece ocupar un lugar central dentro del movimiento, como se pudo ver en el discurso de J. D. Vance en Múnich. ¿Se define el trumpismo en antagonismo con Europa?

Lo más llamativo del discurso de J. D. Vance en Múnich fue cuando dijo que lo que más le preocupaba de Europa no era tanto China o Rusia, sino más bien las amenazas internas —todas las normas democráticas, los valores liberales, etc.—.

Trump ha pronunciado varias veces exactamente el mismo discurso sobre Estados Unidos.

El discurso de Vance nos impactó profundamente en Europa, pero Trump había dicho lo mismo en varias ocasiones al hablar de Estados Unidos: «Me preocupan más los enemigos internos que China y Rusia». Era un discurso idéntico.

También podemos pensar en el [texto publicado por el Departamento de Estado en Substack, en el que llama, *grosso modo*, a un cambio de régimen en Europa](#).

Efectivamente, este texto era realmente impactante. Aunque se publicó en Substack, se trataba de un documento oficial, firmado por un responsable del Departamento de Estado, Samuel Samson, en su calidad oficial.

Este texto era, en cierto modo, una demanda de lealtad cultural por parte de Europa. Era incluso un chantaje, ya que al final del texto se afirmaba que, si Estados Unidos «seguía comprometido con una asociación sólida con Europa», deseaba «acciones tangibles» para «la protección de los derechos de libertad de expresión de las empresas y los ciudadanos estadounidenses».

Hay que entender esto como una injerencia en nuestras leyes, nacionales y europeas, sobre el discurso racista, la incitación al odio o toda la gama de leyes que tratan de regular la libertad de expresión en Internet y las grandes plataformas tecnológicas estadounidenses. Hay que tener cuidado con su instrumentalización del concepto de «libertad de expresión», que los trumpistas pretenden exportar al resto del mundo. Sin embargo, en los propios Estados Unidos, este concepto ha sido objeto de múltiples redefiniciones jurídicas, incluso para la prensa.

No obstante, creo que hay que distinguir entre Europa y la Unión Europea.

Europa sigue siendo la parte original de ese «Occidente judeocristiano» («judeo» es una adición reciente) que Trump y el trumpismo se han propuesto defender, la «alianza civilizacional» a la que se refiere Samuel Samson en su texto.

En este sentido, Europa es importante, ya que ocupa un lugar central en su visión, que considera que Occidente está amenazado desde dentro por los «wokistas» (su forma de definir a toda la izquierda) y desde fuera por el islam, China, etc.

La Unión, por su parte, es una especie de símbolo, de némesis, de todo lo que Trump y el trumpismo se oponen: Estados-nación que se agrupan para cooperar y, por lo tanto, para hacer concesiones, que ceden parte de su soberanía a instancias supranacionales... todo lo que la nueva derecha estadounidense aborrece.

La Unión tiene leyes que regulan las grandes empresas tecnológicas, en particular las plataformas y los discursos. Los países europeos también tienen leyes nacionales en varios países, algunas de ellas muy antiguas, como las leyes francesas sobre la libertad de prensa. La Unión es también una potencia comercial, y está claro que Trump prefiere negociar bilateralmente con países más pequeños.

Este texto es una verdadera injerencia que supone una amenaza para nuestras leyes por parte de una administración que, ella misma, está politizando y reescribiendo su propia jurisprudencia, en particular en materia de libertad de expresión.

¿Buscan los trumpistas fragmentar Europa?

Por un lado, está la ideología del retorno al Estado-nación, que interesa a los propios trumpistas. Es lo que quieren que ocurra en Estados Unidos, con más nacionalismo, menos libre comercio y menos confianza en acuerdos y alianzas como la OTAN.

Por otro lado, en lo que respecta a Europa, existe efectivamente la voluntad de romper una Unión que, al menos económicamente, puede rivalizar con Estados Unidos. Trump detesta el poder comercial de la Unión. Por lo tanto, la idea es dividir para reinar mejor. La ideología del retorno al Estado-nación sirve, por lo tanto, a los intereses económicos y políticos estadounidenses.

Elon Musk también se inscribe en este movimiento: los partidos a los que apoya son exclusivamente partidos anti-Unión Europea, anti-Bruselas, que tiene el poder regulador sobre la IA, pero también sobre la DSA y la DMA, las regulaciones sobre las Big Tech y el comercio. El trumpismo tiene una visión del mundo basada en el retorno a la *Realpolitik*, a las grandes potencias. Trump considera los intereses principalmente en términos económicos y comerciales, y desde esta perspectiva, la Unión es una gran potencia que les estorba.